

***Onomástica y crítica textual:
peripecias de los nombres propios en
la historia textual de La Celestina***

Patrizia Botta

Università di Chieti

En estas pocas páginas dedicadas a la memoria de Stefano, adorado y añorado amigo y excelente y brillante investigador, tocaré un aspecto curioso de la historia textual de *La Celestina* (LC) acerca de la que a menudo discurríamos él y yo en nuestras tardes romanas en el Departamento. Se trata del cambio sufrido por los nombres propios de la obra a lo largo de su transmisión, o del error de copia en tema de onomástica, producido por malentendido u otras razones.

El conjunto de los nombres propios en LC, tanto de persona como de lugar, es bastante elevado (alrededor de 160), y se distribuye en cada una de las etapas en que se va fijando el texto (Auto I, *Comedia* en 16 Autos, *Tragicomedia* en 21 Autos, fases siguientes), esto es, desde el principio de la redacción hasta el último retoque de autor o de revisor¹.

Doy a continuación la lista de antropónimos y topónimos, divididos los primeros (de mayor a menor) entre nombres aducidos y nombres de la trama, y los segundos entre nombres extranjeros y nombres españoles.

Antropónimos (130):

Nombres citados (106):

Adán, Adelecta, Adriano, Agripina, Alcibíades, Aleto, Alexandre, Anaxágoras, [Anfión], Antípater Sidonio, Apolo, Apuleyo, Ariadna, Aristóteles, [Ascanio], Beltrán, Bernardo, Cánasce, Clitemnestra, Constantino, Crato, Cratino, Cristóbal, Cupido, David, Dédalo, Diana, Dido, Lamba Doria, Egisto, Elisa, Eneas, Eras, [Erasítrato], Euro, Eva, Febo, Filippo, Frates, Galieno, Héctor, Helena, Helías, Heráclito, Hércules, Herodes, Hipermestra, Inés, Jenofonte, Juanes, Laodice, Leandro, Leda, Lucano, Macías, Magnes, [Marón], Medea, Megera, Menandro, Minerva, Minos, Mirra, Narciso, Nembrot, Nero, Nevio, Orestes, Orfeo, Orode, Ovidio, Paris, Pasife, Paulo Emilio, Pedro, Penélope, Pericles, Francisco Petrarca, Píramo, Plauto, Plinio, Plutón, Poliscena, Prusia, Rómulo, Safo, Salomón, San Jorge, San Juan, San Miguel Ángel, Sansón, Santa Apolonia, Santa María, [Seleuco], Semíramis, Séneca, Sócrates, Tamar, [Terencio], Tesífone, Tisbe, Tolomeo, Torcuato, Ulises, Venus, Virgilio.

Nombres de la trama (20):

Alberto, Alisa, Areúsa, Calisto, Celestina, Centurio, Claudina, Cremes, Crito, Elicia, Eliso, Lucrecia, Melibea, Mollejas, Pármene, Pleberio, Sempronio, Sosia, Tristán, Traso.

Autores de la obra (4):

Rodrigo Cota, Juan de Mena, [Fernando de Rojas], Alonso de Proaza.

Topónimos (33):

Extranjeros (25):

Arabia, Atenas, Belén, Bitinia, Capadocia, Dite, Egipto, [Etna], [Genua], [Grecia], [India], Jerusalén, Judea, Macedonia, Milán, Oriente, Roma, Sodoma, Stige, Tarpeya, [Tebas], Troya, [Turquía], [Tuscania], Venecia.

Españoles (18):

Almazán, Barcelona, Calatayud, [Castilla], [Galicia], Granada, Guadalupe, Luque, Madrigal, Magdalena, Monviedro, Salamanca, San Martín, San Miguel, Toro, Villadiego, Zamora, Zaragoza².

Algunos de los nombres propios (los marcados entre corchetes) no van como tales en el texto sino que a veces son el resultado de una corrección tardía (como Anfión, Erasítrato, Marón, etc.)³; otras veces están embebidos en palabras de neo-formación, como ocurre en el estilema (muy del autor, o de la obra) del adjetivo onomástico a partir del nombre propio de persona [sino terenciana (Acr.,74)⁴, piedad seleucal (I, 88), plebérico corazón (I, 88), melibeo soy (I, 93), ascánica forma (VI, 183), carro phebeo (Proaza, 346)] o de lugar [índico mar (Pról.,79), étnicos (de Etna) montes (III, 147)]; y otras aún van incluidos en aquellos adjetivos, menos rebuscados, de procedencia geográfica

(los así llamados gentilicios) que, con su buen caudal, aumentan a su vez los significados y los conceptos geográficos o étnicos en el texto, máxime de lugares extranjeros ya de por sí abundantes en la nómina de los expresos:

castellano (Carta, 69; Acr.,74; Proaza, 345), tusca (Acr.,74; VI, 183), griega (Acr., 74; VI,190), francés (I, 112), turco (III, 141), gallego (VIII, 219), gentiles, judíos, cristianos y moros (I, 97), orientales (I, 104), romano (Acr.74; XIV, 290; XXI, 340; Proaza, 345), partos (XX, 332), athenienses -o ginoveses- (XXI, 340), troyanos -o tebanos- (Proaza, 344).

De hecho, en el conjunto onomástico celestinesco notamos de entrada cierta escasez de nombres peninsulares, limitándose en el caso de los antropónimos a los autores (Cota, Mena, Rojas, Proaza) a algún personaje de la trama (Mollejas, XII, 263), a un nombre citado (Macías, II, 133; XXI, 342), o a nombres contenidos en refranes (Beltrán, XVII, 310; Pedro, Inés, Cristóbal, II, 141). Entre los topónimos, tampoco es rica la galería de nombres españoles⁵: unas veces se concentran en alguna enumeración, como la de vinos (IX, 236) donde vemos desfilar Monviedro, Luque, Toro, Madrigal, San Martín, o la de fábricas de armas (XVIII, 316) que reúne Barcelona (por sus broqueles), Calatayud (por sus capacetes) y Almazán (por sus casquetes); otras veces vienen en los proverbios (Granada III, 141; Villadiego XII, 258; Zamora VI, 186), o al hablar de iglesias o monasterios (Magdalena XI, 248; Guadalupe XII, 265), o al referir la historia de la obra (Salamanca, lugar en que se halló el manuscrito inacabado -Acr.,74-, y Zaragoza, ciudad en que la obra se imprimió, Proaza, 346). Nos las habemos, pues, con cierta penuria de nombres de raigambre hispánica, cuyo caudal ni siquiera se enriquece con el aporte de los adjetivos onomásticos (formados todos a partir de nombres no locales), y apenas aumenta con el de los gentilicios (que nos traen al abanico solo dos, «castellano» y «gallego»). Y tampoco se incrementa con los santos, comunes al repertorio cristiano universal (San Jorge, San Juan, San Miguel Ángel, Santa Apolonia, Santa María).

En cambio, hay un neto predominio de nombres extranjeros, eruditos y rebuscados, que denotan la refinada cultura del autor y que a veces se citan por puro alarde de erudición, por exhibir nociones librescas y académicas que lucen más con nombres lejanos en el tiempo y en el espacio. Ello queda patente, ya a partir del plano de la acción dramática, con el reparto de los interlocutores y de los personajes conexas con la acción, todos ellos con nombres archicultos y de ascendencia clásica. La erudición que inspira gran parte de la obra acaba por plasmar e informar, en primer término y contagiándolo, el mismo plano de la ficción literaria. Por otra parte, los nombres eruditos dominan casi del todo cuando se trata de aducir ejemplos, citas, casos memorables y cualquier otra clase de mención o de guiño intelectual y elitista a un público de entendidos, como lo debían de ser los primeros destinatarios de la obra. Es el caso sobre todo de los antropónimos, que reúnen nombres literarios, mitológicos, bíblicos, históricos, en su mayoría de la Antigüedad (sin que falten muestras de cultura medieval: Bernardo, Petrarca, Lamba Doria, Adelecta). Y es el caso, también, de los topónimos que a su vez nos deslumbran con la nómina de lugares extranjeros, lejanos y hasta exóticos para el copista español de la época (o para el «punto de vista» ibérico

de quien traslada el texto). Muchos de estos nombres de erudición vienen en serie, agrupados de dos en dos o en más amplias tiradas enumerativas que se intensifican en la *Tragicomedia*, como ocurre en la densa interpolación en la que Melibea antes de suicidarse (XX, 331-332) luce una rica nómina de antropónimos y de topónimos (Bursia, rey de Bitinia; Tolomeo, rey de Egipto; Orestes y su madre Clitemnestra; Nerón y su madre Agripina; Filippo, rey de Macedonia; Herodes, rey de Judea; Constantino, emperador de Roma; Laodice, reina de Capadocia; Medea; Frates, rey de los Partos y su padre Orode). Suelen proceder de fuentes autorizadas que manejaba Rojas (como Petrarca) con las que muchas veces guardan estrecho paralelo, ya que mantienen en la enunciación el mismo orden que la fuente, y son aducidos como ejemplo del mismo asunto o de un tema semejante.

Comoquiera que sea, no es mi intención aquí estudiar el sistema de nombres propios de *LC*, tarea que ya ha sido llevada a cabo por maestros filólogos en cuanto a *interpretatio nominis*⁶, ni mucho menos ocuparme de la erudición del texto, que ya ha sido destacada por insignes estudiosos y finos eruditos en cuanto a búsqueda de modelos y de paralelos literarios⁷. El objeto de estas páginas es, en cambio, el de la *variatio*, alteración o corrupción textual que sufren los nombres propios a medida que la obra se va editando y copiando a lo largo de su transmisión, cuantiosa y ubicua en los siglos del XV al XVII, que la ven circular por toda Europa en lengua original y traducida⁸. Dicha *variatio* se explaya desde el malentendido del cajista y el error de copia (caso más frecuente) al error de autor cuando maneja fuentes y confunde partes en latín, hasta otras clases de intervención textual, tanto autorial como editorial (como añadidos, omisiones, trueques, correcciones por conjetura, meras erratas, etc.) y, en su conjunto, ofrece varios temas de reflexión en materia de onomástica y crítica textual⁹, como se percibe de antemano por las siguientes observaciones generales, que son premisa y marco de los ejemplos que comentaré:

1. entre casi 160 nombres mencionados, sólo unos 50 sufren alteraciones, por tanto menos de una tercera parte, guardando las dos restantes cierta estabilidad;

2. en principio, el error de copia no atañe a los nombres españoles, que en la península suelen reimprimirse con tenaz identidad, aunque serán causa de varios malentendidos cuando *LC* se edite en el extranjero o cuando sea traducida a otro idioma; en otras palabras, nombres familiares a los españoles no lo son para cajistas italianos o flamencos, que sí los estropean, o los mudan;

3. tampoco los nombres bíblicos sufren transformaciones en tierras españolas (a no ser las variantes gráfico-fonéticas), y sí las sufrirán en países anglosajones cuando el texto se traduzca, por razones sobre todo religiosas;

4. es más frecuente la alteración de los antropónimos que la de los topónimos, que son menos blanco de persecución textual y suelen salir indemnes;

5. entre los antropónimos, los que más trueques y variación sufren son los

más «difíciles», de hechura clásico-erudita y de ardua interpretación;

6. es muy frecuente, en proporción con su escaso número, el cambio o la glosa del adjetivo onomástico, considerado como *difficilior* y estilema inusitado.

Así, en tierras españolas, se mantienen estables los nombres locales y los nombres bíblicos (archiconocidos por machacados diariamente en la liturgia y en los sermones), mientras que se alteran los nombres extranjeros y eruditos, máxime de persona, y tanto más cuanto más exóticos resulten a los ojos del cajista que los va copiando.

Veamos los ejemplos, empezando con los personajes. El primer cambio vistoso atañe al título mismo de la obra, que de contener los nombres de Calisto y Melibea por voluntad del autor pasa a designarse, por mandado de un no identificado autor-legión de la tradición, como *La Celestina*, a pesar de Rojas¹⁰.

Otro cambio es el trueque de prostitutas que María Rosa Lida (1962) apuntaba como distracción de quien interpola el *Tratado de Centurio*. El intercambio entre Elicia y Areúsa, en su opinión, era psicológico, de caracteres de la una pasados a la otra en los cinco actos añadidos, lo que la llevaba a sacar conclusiones sobre la distinta autoría de todas estas partes interpoladas. Y sin embargo pudo haber un simple problema textual, de transmisión, que justificara siquiera algunas de estas confusiones entre los dos personajes, como concretamente un error en la acotación de los interlocutores en esa zona de la acción dramática. Un ejemplo es el de *N*, la traducción italiana, que suele equivocarse al abreviar el nombre de quien habla, llegando incluso a trastocarlo con el de otro: es lo que ocurre cuando cruza diametralmente los nombres de las dos ramera en la acotación del interlocutor y atribuye a la una los parlamentos de la otra (en el Auto VIII, 211-212 y, sobre todo, y precisamente, en el *Tratado de Centurio*, XV, 294-301).

Los nombres de los personajes nos pueden deparar otras sorpresas, ya que el recién descubierto Manuscrito de Palacio II-1520, en vez de «Alisa», nos documenta «eljsa» (Arg. I, 85) e igual trae «Elisa» más adelante *N* (Arg. X, 237 y X, 238), a la par que en lugar de «Elicia» el manuscrito nos testimonia «aljçia» (I, 89 y I, 106), coincidiendo con otra lección común de *ZP* (IV, 151). Estas esporádicas coincidencias con los impresos más antiguos dejan suponer que «Alicia» era el nombre originario de la ramera, y «Elisa» el de la madre de la protagonista, tal como lo documenta el Manuscrito y aun lo atestiguan algunas de las primitivas¹¹. Un cruce más, quizás eco de estas confusiones, es el nombre de «Elicia» con el de «Elisa» que seis veces pone en la acotación uno de los testimonios de la *Comedia* (*C*) en todo un final de Auto (VII, 209-210).

Las acotaciones de los interlocutores, por demás, son generadoras de frecuente confusión entre los personajes, sobre todo en el testimonio *C*, cuando un nombre se abrevia causando error o una acotación pasa a malentenderse:

VIII, 220 (<i>dram. pers.</i>)	Calisto <i>edd.</i>	Ce. C.
III, 146	ce. <i>edd.</i>	Celicia C
III, 146	ce. <i>edd.</i>	Celi C

o cuando un nombre proferido dentro de algún discurso, o como vocativo, es interpretado en cambio como acotación:

XII, 267	Celestina <i>edd.</i>	Ce. C
X, 238	criada Lucrecia <i>edd.</i>	criada Lucre. C
X, 245	Lucrecia, Lucrecia <i>edd.</i>	Lu. C
XII, 266	Melibea <i>edd.</i>	Me. C
XII, 267	Melibea <i>edd.</i>	Me. C
XII, 275	huye Pármeneo <i>edd.</i>	Pár. C

o cuando se dan lagunas en la acotación del nombre abreviado del interlocutor, que provocan que todo un parlamento que profiere Celestina acabe pegándose, en C, al parlamento anterior de Lucrecia y como formando parte de su discurso (X, 243).

En la zona epigráfica de las *dramatis personae* al frente de cada Auto caben también lagunas, de algún nombre suelto que se omite, como el de Areúsa que falta en *BI* (VIII, 211), o de un renglón entero, con varios nombres, que se deja de copiar (XII, 255):

CALISTO SEMPRONIO PÁRMENO LUCRECIA MELIBEA PLEBERIO
ALISA

CELESTINA ELICIA *edd.*

ALISA CELESTINA ELICIA *om. B*

PARMENO CELESTINA ELICIA *om. Z*

PLEBERIO ALISA CELESTINA ELICIA *om. M*

o incluso es posible la omisión de todas ellas juntas, en un error común del grupo *HIK* (XVI, 301).

Asimismo, entre las *dramatis personae*, puede ocurrir que se desdoble un personaje único, como «Centurio Rufián» del testimonio Z que el traductor italiano, por error, considera como dos personajes distintos, separándolos por un punto: «Areusa. Centurione. Roffiano. Elicia» (XV, 294), error que repite también más adelante (XVIII, 313)

Unos pocos tueros más padecen los nombres propios de los personajes,

como alguna duplicación mecánica de letras («Sosia» al que la *Comedia* añadió una -s-, «Sosias», Arg. XIII, 275) o alguna inversión o vuelco de letras («Claudina» que fue «clandiana» en la *Comedia* y «Clâdina» en *N*, I, 120; «Juanes» que da «Juaues» en *B*, IV, 150), o alguna confusión más («Mollejas» y «Mollejar» en *P*, XII, 263), junto con otras variantes menos mecánicas que transforman «Celestina» en «celestial» (*K*, XV, 298), a la par que el nombre de uno de los autores, «Cota», en *M* se convirtió en «Catón» y en la *Comedia* era un adjetivo, «corta», que sin embargo pudo tener sentido: «escritura corta», esto es, «breve», «inacabada» (Acr., 74). Por último, hablando de los autores, también se da el caso de los añadidos, o de los nombres propios interpolados, como el de Mena o Cota que no iban en la primera redacción (Carta, 70 y Acr., 74)¹².

Pasemos ahora al grupo más nutrido de los nombres citados como ejemplo, que ofrece una más amplia gama de variación textual. Un tipo muy frecuente, en este caso también, es el error de imprenta, la mera errata mecánica que se produce con letras de molde y caracteres sueltos, como por ejemplo la caída de una letra:

Pról. 77	Eráclito <i>ZPN Sal. 70</i>	Eraclio <i>HIKLM</i>
IV, 164	Santa Apolonia <i>D NHIKLM</i>	sancta polonia <i>BC ZP</i>
IV, 167	Jorge <i>edd. George B</i>	Gorge <i>C</i>
XVI, 305	Mirra <i>edd.</i>	Mira <i>Z</i>
Proaza, 344	Orptheo <i>edd.</i>	Orpeo <i>H</i>

o la duplicación de una letra que va en la misma palabra:

III, 147	Tesífone <i>ZP Sed</i>	Tesifonte <i>HILM</i>
XX, 331	Clitenestra <i>edd.</i>	Clistenestra <i>ZP</i>

o la epéntesis de una letra, por algún cruce:

XII, 264	Guadalupe <i>edd.</i>	Guardalupe <i>L</i>
XXI, 342	Egisto <i>BCD NZPM Sed</i>	Egistro <i>HIKL</i>
I, 89	Píramo <i>edd.</i>	Pirmano <i>D</i>

y es de notar que en el último ejemplo la -n- epentética se complica con un trueque de letras (-am-) dentro de la palabra, deformando aún más su lectura. Y no faltan otros casos de inversión:

XX, 332	Laodice <i>edd.</i>	Loadice <i>Z</i>
XX, 332	Partos <i>edd. parthos</i>	HIKM phartos <i>L</i>

En el plano lingüístico se dan muchas alternancias entre distintas formas corrientes y coexistentes de un mismo nombre, como «Ariadna» *edd.* frente a «Adriana» *CN*, difundida en otras fuentes medievales (XXI, 342), o bien «Salomón» *edd.* contra «Solomon» *H* y aun «Salamon» en otros testimonios (XXI, 342). Y no faltan los casos de grafías comunes que algunos revisores corrigen con grafías más cultas, como «Belén» *edd.* y «Bethleem» *ZSal. 70* (I,104), o «Torcato» *edd.* y «Tito Manlio Torquato» *N* (XIV, 290).

El último ejemplo también nos lleva, una vez más, al campo de los añadidos y de nuevos nombres que son interpolados (en efecto «Tito Manlio» es una adición de *N*). Las interpolaciones pueden ser tanto de nombres propios («San Juan» *edd.* contra «Juan baptista» *C, I, 98*, o «Cristobal fue borracho» *D*, omitido en las demás, III, 141), como de uno común que precise y defina el nombre propio:

XX, 340 aquel Anaxágoras *edd.* aquel filosofo Anaxagoras *C*

Y no falta el caso contrario, el de la supresión del nombre propio que el autor opera entre la primera y la segunda redacción:

VI, 186 a Alcibiades o a Sócrates *Com* a Alcibiades *Trag*

Puede ocurrir que se desdoble un nombre propio único, como «Antipater Sidono» que Sedeño parte en dos: «que Antipater o Sidonio / o Nasson se bolvera» (VIII, 218), o como el caso, conocidísimo por todos y muy debatido por los críticos, del médico «Erasístrato», que por malentendido paleográfico da lugar a dos parejas de médicos a la vez, «Eras y Crato» *Com* y «Crato y Galieno» *Trag* (I, 88), lo que comporta que se modifiquen todos los verbos del con texto que, de singular (referidos a Erasístrato)¹³, pasan a plural (referidos a los médicos doblados)¹⁴.

Este último ejemplo entra de lleno en el terreno resbaladizo del malentendido paleográfico, que ofrece copiosos casos de alteración de nombres. Así, vemos desfilar en ameno tropel de malas lecturas a los ejemplos más disparatados, que van desde «Pericles» cuya *-cl-* se lee *-d-* y forma «Perides» *ZM* (XXI, 340), luego a «Tisbe» que por confusión entre *-t-* y *-c-* pasa a ser «cisbe» *L* (I, 89), o bien a «Marón» que en todas las primitivas da «mayor» hasta ser restaurado por *Sal. 70* (I, 123), o a «Anfión» que dio en «Antico» hasta ser corregido él también por *Sal. 70* (IV, 167), junto con otros casos aun más debatidos, como «Minerva con el can» que según algunos sería más bien «Minerva con Vulcán», salvo si «Minerva» no era «Minos», «Mireva», «Miriam» y hasta «mi nuera», como piensan otros (I, 96). O, incluso, el caso de «ginoveses» que restaura *Sal. 70* ante el error «athenienses» difundido por las primitivas (XXI, 340), o bien el de «Seleuco» que se malentiende en «silencio» *BCD*, junto con «seleucal» que pasa a «celestial», como veremos luego (I, 88). Y un nombre desconocido como «Adelecta» padece las peripecias de la difracción¹⁵:

Otro caso frecuente es el de la glosa de una *difficilior*, de una palabra que se percibe como demasiado ardua e incomprensible y que, a la hora de editarse, se intenta explicar y allanar a los ojos del lector, quitándole la dificultad. Es lo que ocurre con los adjetivos onomásticos ya mencionados, que de una forma sintética y archiculta, como «phebeo» *CDP*, se quiebran en un sintagma analítico más fácil y más rápidamente comprensible, «de Phebo» *ZHILM* (Proaza, 346), junto con otros casos de *difficilior* adjetival que sufre el mismo rumbo de intervención perifrástica y se disgrega en *facilior*, por ejemplo, «seleucal» que pasa a «de seleuco» *Mp* y a «de Celeuco» *P* (1,88), o bien «ascánica» que da «of A scanius» (VI,183) y «étnicos» que da «of Etna» (111,147) en las traducciones inglesas de James Mabbe¹⁶. Y no falta la glosa aclaradora del propio autor, quien en su primera redacción, opta por el más difícil «terenciana» *Com* y, en la segunda, interviene y allana el sentido oscuro de la frase prefiriendo un más usual «lengua romana» *Trag* (Acr., 74).

El adjetivo onomástico, por demás, da lugar a otra clase de variación, esta vez archiculta, que consiste en generar neo-formaciones lingüísticas del mismo tenor, una vez más adjetivales: así, el ya citado «seleucal» produce «seleucia» *Sed* (I, 88), mientras que «plebérico» da lugar tanto a «pleberio corazón» *Sal. 70* -moldeado en *melibeo-* cuanto a «Pleberian» en la traducción de Mabbe (I, 88), a la par que el ya citado «étnicos» inspira la forma «ethneos» *Sal. 70* (III, 147).

Y no faltan, claro está, los malentendidos paleográficos ante adjetivos tan difíciles de leer, como «seleucal» que engendra «celestial» *ZHIKLMN* (I, 88), y «étnicos» que produce «iniqui» *N* (III, 147).

Por otra parte, no hay que olvidar el error de autor, que ante una *lectio* onomástica puede, él también, malentender la fuente: un error autorial parece ser el de «Bursia» (mala lectura de «Prusias» *Sal. 70*), que Rojas además confunde con su hijo Nicomedes (XX, 331): en efecto, según Petrarca (*De Remediis*) fue Nicomedes quien mató a su padre Prusia, y el autor, interpretando mal el latín, ha transformado Prusia de víctima en asesino. Otro ejemplo, aunque más dudoso, es el del gentilicio «troyanos» por «tebanos», que quizás sea un error de Proaza restaurado por *Sal. 70* (Proaza, 344)¹⁷. Un ejemplo más es el error «Ypermestra» *edd.* por «Clitemnestra» (XXI, 342), como detectan la fuente (Boccaccio) y el contexto (se cita con Egisto), y no es imposible que se trate de un error del propio Rojas que confunde dos mujeres (Hípermestra y Clitemnestra), ambas víctimas del amor, pero inocente la una y culpable la otra.

También cabe mencionar a dos traductores, Hordognez (autor de la traducción italiana salida en Roma en 1506) y James Mabbe (autor de dos traducciones inglesas, la una manuscrita de hacia 1598 y la otra impresa, Londres 1631), que se toman, cada uno por su senda, muchas y variadas libertades con los nombres propios que encuentran a la hora de traducir el original.

El primero suele actualizar para el público italiano varios nombres de lugar, para dar a su auditorio referencias más tangibles y un contexto familiar en el que colocar la acción dramática. Así, por ejemplo, la conocida enumeración de vinos españoles (de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal y de San Martín, IX, 236) es traducida, o mejor, adaptada al ambiente itálico, con la mención de otros tantos vinos italianos:

Corso dilota: Razzese: Moscatel di Taglia: de Riviera: de Giglio: san Severino: Greco de Somma: Malvasia de Candia: e de mille altri luoghi

a la par que los frailes del monasterio de los Jerónimos de Guadalupe se convierten en «frati de Sancta Maria Nova» (XII, 264), y por su parte los «capacetes de Calatayud» en la nómina de las ciudades españolas famosas por sus armas son actualizados en «relate milanese» (XVIII, 316), por ser Milán famosa por sus herrerías (si bien en otra ocasión *N* traduce «herrerías de Milán» con «ferrarie de Vulcano», Carta, 69). Otro ejemplo que el traductor adapta a su público es:

XII, 265 al cura de San Miguel, y al mesonero de la plaza y a Mollejas el hortelano il piovano di sancto Michele e ancora al hoste dela piazza de san Domenico e a figatello lhortolano dil Signore

mientras que en otras ocasiones el traductor inserta nombres inexistentes en el original, que una vez más son nombres italianos, como el caso del «ministro» que pasa a ser un más connotado «ministro de san francesco» (III, 146).

El traductor inglés, por su parte, suele tomarse otra clase de libertades¹⁸, y la más vistosa es la manipulación de nombres en materia bíblica o religiosa, eco quizás de tensiones ideológicas en la Inglaterra de su época. Las intervenciones empiezan con una larga serie de elocuentes omisiones, máxime en la versión impresa de 1631:

I, 95	Sodoma	[om.]	XVI, 305	Tamar	[om.]
I, 95	Nembrot	[om.]	XVI, 305	David	[om.]
I, 96	Nembrot	[om.]	XXI, 340	rey David	[om.]
I, 96	Salomón... renegar	[om.]	XXI, 342	David y Salomón	[om.]
I, 97	Bernardo	[om.]	XXI, 342	Sansón	[om.]
I, 97-	Por ellas es dicho... Helías	[om.]			

98	profeta	
IV, 164	Santa Apolonia	[om.]
VII, 202	Bendígate Dios y el señor Sant Miguel Ángel	[om.]

y prosiguen con nombres propios religiosos sustituidos por otros de la antigüedad clásica, en una marcada tendencia a la paganización:

I, 98	esse Adam, esse Salomón, esse David, esse Aristóteles, esse Vergilio this <i>Alexander</i> , this <i>Seneca</i> , this <i>Aristotle</i> , this <i>Virgil</i>	
VIII, 219	iré a la Magdalena, rogaré a Dios que	to the Mirtle-groue and there begge of Cupid
XI, 248	Magdalena	Mirtle-Groue
XI, 249	calle del Arcediano	Augurs street
XII, 263	santos de Dios	Destinies and seconded by <i>Cupid</i> himselfe
XII, 263	Magdalena	Mirtle-Groue

y continúan extendiéndose incluso a nombres comunes de sentido religioso para insertar, en su lugar, nombres propios nuevos en la misma línea de paganización:

VI, 184	porque havía tocado muchas reliquias	because of some Supereminent Influence from the Sibilla <i>Cumanae</i>
XVIII, 317	por el cuerpo santo de la Letania	by the whole generation of Turke and Termagaunt

si bien cabe decir que, aun fuera del campo religioso, a Mabbe siempre le agrada añadir nuevos nombres propios donde no los había, como el nombre común «el monte» del refrán que pasa a nombre propio «el Etna» reiterado dos veces:

XIV, 289	del monte sale con que se arde	that which came out of <i>AETna</i> , should consume <i>AETna</i>
-------------	-----------------------------------	--

o como la amplificación de otro refrán que, de una ciudad sola mentada en el

original (Zamora), pasa a incorporar dos nuevas (Roma y Troya) al echar mano de la formulación correspondiente del refrán inglés:

VI, en una hora no se ganó No more was *Rome* built in one day; nor
186 Zamora *Troy* ruined in a yeere

Otro rasgo de la traducción inglesa es el de malentender y estropear nombres españoles, por «extranjeros» a sus oídos:

VI, 186 Çamora *Camora*
XVIII, 316 Calatayud *Colatayud*

rasgo, por demás, común a otras ediciones castellanas impresas fuera de España, como por ejemplo el testimonio *J*, que se edita en Roma y anda repleto de italianismos y de malentendidos:

IV, 150 llaman Juanes llaman jamas

o como el testimonio *M*, también romano, que malentiende el ya citado «Cota» por «Catón» (Acr.,74) y un nombre español más, «Jorge» que escribe «Jorgue» (IV, 167).

Antes de concluir, haré una breve mención de otras variantes onomásticas que encontramos a lo largo de la tradición, como la macroscópica del lugar de la impresión que, en el último verso de la estrofa-colofón de Proaza («fue en Toledo impressa acabada»), es mudado por cada uno de los editores sucesivos con el nombre de la ciudad correspondiente donde se imprime una vez más la obra, adaptando o estropeando el metro. Así, sucesivamente, dicho verso rezará «Sevilla», «Zaragoza» y «Salamanca» (todas ellas, variantes de mano editorial), hasta desaparecer la propia octava en la mayoría de las ediciones posteriores:

Proaza, 346 Toledo *CH*
 Sevilla *D IL Ven. 31 Ven. 34 Anv. 39*
 Çaragoça *Z*
 Salamanca *PM*
 [*def. K Sed*]

Es de notar que la misma ciudad se declara en más de un testimonio, no sólo si la ciudad es efectivamente la misma (como Toledo para *C* y *H*), sino aun cuando la edición se imprime en otra parte, y con otra fecha, como «Salamanca» declarada por *M* que es en cambio una edición romana, o como «Sevilla» pregonada por ediciones que son en realidad venecianas (Venecia 1531 y 1534) y flamencas (Amberes 1539), y que, años después, y muy en otra parte, quizás por pura inercia siguen copiando literalmente el colofón que tenía

el modelo (como el de «Salamanca 1500», que seguía rezando catorce años después la levantina Valencia 1514, P)¹⁹.

Un caso a parte es el de los seis nombres propios que añade el *Auto de Traso* en 1526²⁰, que vienen a engrosar los del Reparto (Tiburcia y Terencia) y los de los personajes conexos con la acción (Cremón el Tuerto, Crudelio, Claudio y Caldorio). También estos nombres padecen estropeos en los ocho testimonios que traen el Auto²¹: «Tiburcia» pasa a «Triburcia» *I.C.Com*; «Cremón» da «ciemon» *Tol. 38, Med. 35-40, Sal. 43*; «Crudelio» *Est. 57, Est. 60* fue antes «Crudelia» -traza quizás de «Crudelián»-; y el nombre de «Elicia», entre las *dramatis personae*, se omite en *Est. 57* y *Est. 60* por reflejar su ausencia de la trama (en efecto, Elicia no consta como interlocutor del acto).

Un último comentario atañe a dos testimonios que en tema de onomástica se caracterizan por tendencias muy marcadas y opuestas entre sí. El primero es el más antiguo, el Manuscrito de Palacio, que tiende a acumular malas lecturas aun en los pocos folios conservados (ocho) del fragmento inicial del Auto I. Así, por ignorancia, va estropeando un buen caudal de nombres propios, todos hacia la veta de la trivialización, comenzando por «Sempronio» que vulgariza en «senbronjo» unas tres veces (I, 87; I, 91; I, 108), si bien lo alterna con un caso de «senbronjo» (I, 107). Luego, pasando a «Tarpeya» que deforma en «torpeo» (I, 91), y a «Pasife» que lee «pasypa» (I, 96), y por fin a «Minerva» que estropea en «mjreua» (I, 96). Pero no por ello, ni por sus malos hábitos de copia en general, deja de conservarnos intactas tres lecciones mejores y más antiguas, como las ya citadas «Seleuco» frente a «silencio» de la *Comedia* que andaba por imprimirse (I, 88), y «Elisa» y «Alicia» en lugar de «Alisa» (Arg.I, 85) y «Elicia» (I, 89 y I, 106). El otro testimonio es tardío, una de las *seriores*, Salamanca 1570, que, muy por el contrario, con los nombres propios realiza una imponente obra de restauración, y los va corrigiendo masivamente por conjetura y por afán de erudición a toda costa. Son los ejemplos ya diseminados en estas mismas páginas y que ahora recolectamos en una tirada única final: «Erasístrato» versus «Eras y Crato» (I, 88), «Seleucal» contra «celestial» (I, 88), «pleberio» y no «plebérico» (I, 88), «Marón» ante «mayor» (I, 123), «Bethleem» y no «Belén» (I, 104), «ethneos» y no «étnicos» (III, 147), «Amphion» frente a «Antico» (IV, 167), «Prusias» en vez de «Bursia» (XX, 331), «ginoveses» contra «athemenses» (XXI, 340), «tebanos» por «troyanos» (Proaza, 344), a la par que el nombre fenicio «Elisa» es corregido en «Dido» (VI,183).

En resumidas cuentas, a las consideraciones generales ya expuestas en apertura podemos agregar que un conjunto tan dispar de variación onomástica y de corrupción textual depende, en última instancia, de la naturaleza misma del nombre propio, si no es connotado y sólo se aduce para engrosar la veta de la erudición; en otras palabras, depende de su falta de sentido reconocible y de su vacío semántico para el «punto de vista» de quien copia. En el caso de las traducciones, el mudar los nombres propios para adaptarlos a su contexto, sea actualizándolos sea eliminando roces ideológicos, demuestra que no son «testimonios» de la «transmisión» de *LC* sino más bien etapas de la historia de su «interpretación» y «recepción».

Referencias bibliográficas

- BERNDT-KELLEY, Erna, «Peripecias de un título: en torno al nombre de la obra de Fernando de Rojas», *Celestinesca*, 9, 2, 1985, pp. 3-45.
- BOTTA, Patrizia, «*La Celestina de Palacio* en sus aspectos materiales», *Boletín de la Real Academia Española*, 73, 1993, pp. 25-50, 347-366.
- —, «Itinerarios urbanos en *La Celestina* de Fernando de Rojas», *Celestinesca*, 18, 2, 1994, pp. 113-131.
- —, «La edición de *La Celestina* actualmente en prensa», *Incipit*, 16, 1996, pp. 127-142.
- — «El texto en movimiento (de *La Celestina de Palacio* a *La Celestina* posterior)», en *Cinco Siglos de «Celestina»: aportaciones interpretativas*, eds. Rafael Beltrán y José Luis Canet, Valencia, Universitat (Col·lecció Oberta), 1997, pp. 135-159.
- —, «*La Celestina*, un best-seller del Siglo de Oro», *La Voz de Galicia*, Suplemento Cultura, La Coruña, 27-IV-1999a, p. 7.
- —, «... y nuevamente añadido el *Auto de Traso* y sus compañeros», *Insula*, 633, septiembre de 1999b, pp. 9-11.
- —, «El texto de *La Celestina* en la edición de Valencia 1514», Prólogo al facsímil de Valencia 1514, ed. Nicasio Salvador Miguel, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999c, 2 vols., I, pp. 17-29.
- —, «Onomástica lozanesca (Antropónimos, 1)», en *Actas del XIIIº Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, 6-11 de julio de 1998, eds. Florencio Sevilla y Carlos Alvar, Madrid, Castalia, 2000, vol. I, Medieval, *Siglos de Oro*, pp. 289-300.
- —, Edición crítica de *La Celestina* de Fernando de Rojas, actos VIIIº-XXIº (pp. 1-534), publicada en marzo 2001 en la página web de la Facoltà di Lettere dell'Università di Roma «La Sapienza», <http://rmcisadu.let.uniroma1.it/> (en la sección «Ricerca»), 2001a.
- —, «Las (¿dos?) casas de Melibea», en *Tras los pasos de «La Celestina»*, eds. Patrizia Botta, Fernando Cantalapiedra, Kurt Reichenberger y Joseph T. Snow, Kassel, Reichenberger (Estudios de Literatura, 67), 2001 b, pp. 157-182.
- —, «Los epígrafes en *La Celestina* (títulos, subtítulos, rúbricas, argumentos, etc.)», en *Los orígenes del español y los grandes textos medievales: «Mio Cid», «Buen Amor» y «Celestina»*, ed. Manuel Criado de Val, Madrid, CSIC (Biblioteca de Filología Hispánica), 2001c, pp. 237-264 (trad. ingl.: *Text*, 14, 2001, pp. 139-168).
- —, «La autoría de *La Celestina* en su dimensión diacrónica», en *Studia in honorem Germán Orduna*, eds. Leonardo Funes y José Luis Moure, Alcalá de Henares, Universidad (Ensayos y Documentos, 39), 2001d, pp. 123-135.
- —, «Onomástica lozanesca (Antropónimos, 2)», en *Morada de las palabras: homenaje a Luce y Mercedes López-Baralt*, ed. William

Mejías López, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2002a, pp. 214-227.

- —, «*La Celestina*», en *Diccionario Filológico de la literatura Medieval Española. Textos y Transmisión*, eds. Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, Madrid, Castalia (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 21), 2002b, pp. 252-267.
- —, y Elisabetta VACCARO, «*Un esemplare annotato della Celestina e la traduzione inglese di Mabbe*», *Cultura Neolatina*, 52, 1992, pp. 353-419.
- CASTRO GUIASOLA, Florentino, *Observaciones sobre las fuentes literarias de «La Celestina»*, Anejo 5, *Revista de Filología Española*, Madrid, 1924 (reimpr. Madrid, CSIC, 1973).
- CHERCHI, Paolo, «Onomástica celestinesca y la tragedia del saber inútil», en *Cinco Siglos de «Celestina»: aportaciones interpretativas*, eds. Rafael Beltrán y José Luis Canet, Valencia Universitat (Col.lecció Oberta), 1997, pp. 77-90.
- —, «Onomástica e critica testuale: il caso della Piazza Universale di Tomaso Garzoni», *Critica del testo*, 1.2, 1998, pp. 629-652.
- DANIELE, Marika, *Premesse per una edizione critica dell'«Auto de Traso»*, Tesis Univ. Padova, 2000 (Dir. Patrizia Botta).
- FRADEJAS LEBRERO, José, «Tres notas a *La Celestina*», *Celestinesca*, 17, I, 1993, pp. 47-56.
- GREEN, Otis, «*La Celestina* aucto I: "Minerva con el can"», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7, 1953, pp. 470-474.
- HERRIOTT, James Homer, *Towards a critical edition of «La Celestina»: a filiation of early editions*, Madison, University of Wisconsin Press, 1964.
- LIDA, María Rosa, *La originalidad artística de «La Celestina»*, Buenos Aires, EUDEBA, 1962 (reed. 1970).
- LOZANO-RENIEBLAS, Isabel, «Minerva con el can», *Celestinesca*, 15, 1, 1991, pp. 75-78.
- MCGRADY, Donald, «Two studies on the text of the *Celestina*», *Romance Philology*, 48, 1994, pp. 1-21.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Antología de prosistas españoles*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1917.
- NORTON, Frederick J., *Printing in Spain, 1500-1520, with a note of the early editions of «La Celestina»*, Cambridge, University Press, 1966 (trad. esp. *La imprenta en España*, ed. Julián Martín Abad, Madrid, Ollero & Ramos, 1997).
- RIQUER, Martín de, «Fernando de Rojas y el primer acto de *La Celestina*», *Revista de Filología Española*, 41, 1957, pp. 373-395.
- RONCAGLIA, Aurelio, *Principi e applicazioni di critica testuale*, Roma, Bulzoni, 1975.
- SASSO, Luigi, *Il nome nella letteratura. L'interpretazione dei nomi negli scrittori italiani del Medioevo*, Genova, Marietti, 1988.
- SCOLES, Emma, «Due note di filologia quattrocentista: 2 Seleucal», *Studi di Letteratura Spagnola*, 2, 1965, pp. 180-186.
- «Il testo della *Celestina* nell'edizione Salamanca 1570», *Studi romanzi*, 36, 1975, pp. 7124.
- SEVERIN, Dorothy S. (ed.), Fernando de Rojas, *La Celestina*, Madrid,

Cátedra, 1987.

- SPACGIARI, Barbara, *Il nome di Marcabru. Contributi di onomastica e critica testuale*, Spoleto, Centro di Studi sull'Alto Medioevo, 1992.
- THOMPSON, B. Bussel, «Misogyny and Misprint in *La Celestina*, Acto I», *Celestinesca*, 1, 2, 1977, pp. 21-28.
- VACCARO, Elisabetta, *Le traduzioni inglesi della «Celestina» ad opera di James Mabbe* (en prensa).

* * *

BOTTA, Patrizia. «Onomástica y crítica textual: peripecias de los nombres propios en la historia textual de *La Celestina*». En *Criticón* (Toulouse), 87-88-89, 2003, pp. 97-111.

Resumen. En el presente trabajo se estudian los casi dos centenares de nombres propios de *La Celestina*, en su mayoría cultos y difíciles, que al copiarse en la imprenta a medida que aparecen las ediciones áureas de la obra suelen ser malentendidos, por exóticos, dando lugar a muchos casos de alteración o deturpación textual. Asimismo, se estudian las libertades que con los nombres propios se toman dos traductores de la obra, el uno temprano (traducción italiana, Roma, 1506) y el otro tardío (traducción inglesa, Londres, 1631).

Résumé. Etude des quelque deux cents noms propres de La Célestine, noms le plus souvent savants et difficiles, et par conséquent fréquemment mal compris, en raison de leur étrangeté, tout au long des éditions faites au Siècle d'or, où nombre d'entre eux subissent altérations et dégradations. Sont également envisagées les libertés que prennent avec les noms propres deux des traducteurs du texte, un italien (Rome, 1506) et un anglais (Londres, 1631).

Summary. A study of the nearly 200 proper names found in *La Celestina*; names that are mostly cultivated and difficult, giving rise to incomprehension in later Golden-Age editions of the text because of their strangeness. Many of the names suffered changes or were corrupted due to the fact that they were no longer familiar to the copyists and typesetters. The present study also examines the liberties taken by the authors of two translations of the text: an early Italian translation (Rome 1506) and a later English one (London 1631).

Palabras clave. *La Celestina*. Crítica textual. Onomástica. Traducciones.

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

